

El Maestro

Hoy el evangelio nos dice que se ha vencido el plazo, que el reino de Dios y nuestra liberación están cerca. Jesús se pone en camino cuando a Juan, la conciencia de Israel, lo llevan preso. Los primeros discípulos llamados por Jesús jamás volverán a sus casas.

Según Jesús, Dios reinará en nuestras vidas. Debemos considerar las consecuencias de esto. El reino de Dios es una realidad mercurial, indefinida y aventurera. En un pasaje Jesús dice que el reino “*está cerca*”; en otra proclama que “*ha llegado*” No lo controlamos. Es el mismo Dios que llega, actúa, penetra y subvierte todo movimiento y agenda nuestra. Si le ponemos trabas, nos aplastará y, si lo abrazamos, cambiará nuestra vida en una gracia gloriosa.

A las Iglesias les encantan identificarse con el reino de Dios. Ellas mienten. No lo somos. Si intentamos vivir con la justicia, amor y compasión que Dios reclama en la humanidad, seremos sólo un *signo mínimo* de sus posibilidades.

El reino de Dios no es ni política ni guerra particular. Dios no es partidario con ninguno de los hijos de su creación. Dios nos acompaña en lo bueno y en lo malo, en nuestra sabiduría y la estupidez. Nos ama a pesar de todo y nos acompaña sin condiciones. A Dios no hacen falta excusas para estar con la humanidad.

Insistimos en que la vida sigue a pesar de la pérdida de conciencia personal y nuestro abrazo a la tranquilidad falsa que ofrece el mundo. Nos volvemos apáticos con los muertos de guerras marginales y con la mala educación de los niños de la secundaria. Vemos al tiempo tragarse generaciones completas.

Sin embargo, el reino de Dios nos llega inesperado, pero aceptado personalmente, se filtra hasta por los poros del cuerpo y nada será igual. Entenderemos que los líderes mundiales hablan paz, pero venden misiles. Ya veremos que los papas y obispos ponen reglas que afectan a todos menos a ellos mismos. El marido verá a su mujer como siempre nueva. El niño tendrá el oído y la amistad de sus padres. Los novios y amigos se acompañarán con aprecio y respeto.

El reino de Dios reta nuestra condición humana. Sin embargo, al aceptarlo, perdemos el miedo y la apatía. Una vez aceptado el reino de Dios como factor en nuestras vidas, no habrá excusa de apatía ni de miedo. Nos invita a organizar la vida de manera diferente, nombrar lo que nos provoca y confronta, ver lo bello o lo horrible de nuestra realidad. No inventamos la vida y la muerte, el bien y el mal. Sin embargo, el reino de Dios nos exige decir si somos de un bando u otro y determinar así nuestro mundo y ambiente. Nos hace falta decir un “*sí*” o un “*no*” a lo que Dios quiere para el mundo. ¿Trabajaremos o no para la vida y la paz, la justicia y el amor?

Debemos mirar a nuestro alrededor. Hay personas que retan el ministerio de la Iglesia. Se retan, los unos a los otros, a llevar para adelante la misión del Señor Resucitado. Son generosos con su tiempo y sus recursos. Sostienen a los más débiles de sus casas. Crean una historia cultural en donde no ha habido ninguna y así hacen posible un futuro diferente, regalando su esperanza, decisión y acción a sus hijos. Estas personas son los Pedro, Andrés, Juan y Santiago de nuestros tiempos. ¿Cómo podemos ignorarlos?

Así es con el reino de Dios. Ya se terminó el plazo y ha llegado el momento de nuestra conversión. Todos los hijos de Dios han sido invitados a participar en las preparaciones para su reino.

¿Cómo podemos responder a la invitación de Cristo al principio del evangelio de Marcos? ¿Podemos reconocer el reino de Dios por la justicia, amor y compasión que existe en nuestra comunidad de fe? En donde no se encuentra, ¿podemos provocar su existencia?

Pr. Donaldo Headley